

Entretanto, había entrado en escena un nuevo personaje bajo la protección de Carolina, la cual le introdujo por la puerta de sus habitaciones, que comunicaban con la sala del consejo, mientras el rey apostrofaba á su montero.

Todos miraban con sorpresa al desconocido, y el rey con no menos sorpresa que los demás.

CAPÍTULO VI

El general barón Carlos Mack

El que causaba aquella sorpresa era un hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto, rubio, pálido, con el uniforme austriaco y las insignias de general, y en cuyo pecho brillaban entre otras condecoraciones las placas y los cordones de María Teresa y de San Genaro.

— Señor, dijo la reina, tengo el honor de presentar á Vuestra Majestad el barón Carlos Mack, á quien acabáis de nombrar general en jefe de vuestros ejércitos.

— ¡ Ah! ¡ me alegro de conoceros, general! respondió el rey, mirando con cierto asombro la orden de San Genaro que adornaba el uniforme de Mack, orden que el rey no recordaba haberle concedido.

Y en seguida cambió con Ruffo una mirada, que quería decir: « ¡ Atención! »

Mack se inclinó profundamente, y sin duda iba á

responder al cumplido del rey, cuando se adelantó la reina y tomando la palabra:

— Señor, dijo, he creído que no debíamos esperar á que el barón Mack llegase á Nápoles para darle una prueba del aprecio que os merece, y antes que saliese de Viena, le mandé por nuestro embajador las insignias de vuestra orden de San Genaro.

— Y yo, señor, dijo el barón Mack con un entusiasmo que tenía mucho de teatral para ser verdadero, profundamente reconocido á las bondades de V. M., he venido con la rapidez del relámpago, en alas de mi gratitud, para deciros: ¡Señor, esta espada os pertenece!

Mack desenvainó su espada. El rey, á quien no le gustaba mucho el brillo del acero, pareciéndose en esto á Jacobo I, echó hacia atrás su sillón.

Mack continuó:

— Esta espada pertenece á V. M., lo mismo que á Su Majestad la reina, y no descansará tranquila en la vaina hasta no haber derrocado esa infame república francesa, que es la negación de la humanidad y la vergüenza de Europa. ¿Acepta V. M. mi juramento? prosiguió Mack blandiendo la tizona de una manera formidable.

Fernando, poco aficionado de suyo á los arranques dramáticos, no pudo menos de conocer toda

la ridícula fanfarronería del general Marck; así es que sonrió burlonamente y murmuró al mismo tiempo en su dialecto napolitano, dialecto que no comprende el que no haya nacido al pie del Vesuvio, esta sola palabra:

— ¡*Ceuz!*

Quisiéramos poder traducir esta especie de interjección que salió de los labios del rey Fernando; pero no tiene equivalente en nuestro idioma. Baste decir que es un término medio entre fatuo é imbécil.

Mack, que en efecto no la comprendió, y que esperaba con la espada en la mano á que el rey aceptase su juramento, se encontró bastante apurado, y dijo volviéndose hacia la reina.

— Creo que S. M. me ha hecho el honor de dirigirme la palabra.

— Su Majestad, respondió Carolina sin desconcertarse, acaba de manifestaros su reconocimiento por medio de una palabra sumamente expresiva.

Mack hizo una reverencia y envainó la espada.

El rostro de Fernando conservaba su burlona sonrisa.

— Y ahora, dijo el rey continuando la sátira que tanto le gustaba emplear, supongo que mi caro sobrino, al enviarme uno de sus mejores generales para derrocar esa infame república francesa, me

habrá mandado al mismo tiempo un plan de campaña trazado en pleno consejo áulico.

Esta pregunta, hecha con una candidez admirablemente fingida, era una sangrienta y nueva pulla del rey, puesto que el consejo áulico había elaborado los planes de campaña que tan funestos fueron en 96 y 97 á los generales austriacos, de cuya derrota no escapó ni el archiduque Carlos.

— No, señor, respondió Mack; sobre ese punto, he pedido carta blanca á S. M. el emperador, mi augusto amo.

— ¿Y espero que os la habrá concedido? preguntó el rey.

— Sí, señor, me ha otorgado esa merced.

— Y ¿vais á ocuparos acto continuo en trazarle, querido general? porque os confieso que tengo cierta impaciencia por conocerle.

— ¡Oh! ¡es cosa bien fácil, señor! respondió Mack con el acento de un hombre completamente satisfecho de sí mismo.

— ¿Sí? exclamó Fernando recobrando su buen humor, cosa que le sucedía siempre que encontraba alguno á quien satirizar. Pues ya lo oís, señores: antes que el ciudadano Garat nos hubiese declarado la guerra en nombre de la infame República, esa infame República estaba ya vencida, gracias á

genio de nuestro general en jefe. Vamos, empiezo á persuadirme de que Dios y San Genaro nos protegen. Gracias, gracias, querido general.

Mack, reventando de orgullo por el cumplimiento que tomó al pie de la letra, se inclinó delante del rey.

— ¡Qué lástima que no tengamos aquí una carta de nuestros Estados y de los Estados romanos para seguir en ella las evoluciones de general! prosiguió el monarca. Dicen que el ciudadano Bonaparte tenía en París, en su gabinete de la calle Chantierine, una gran carta sobre la cual designaba de antemano, á sus edecanes y secretarios, los puntos en que habría de batir á los generales de S. M. el emperador de Austria: el barón nos hubiera dicho también los puntos en que derrotará á los generales franceses. Ariola, sería muy oportuno que mandases ejecutar para el ministerio de la Guerra, poniéndola de paso á la disposición del barón Mack, una carta parecida á la del ciudadano Bonaparte.

— Señor, es inútil encargarla; yo tengo una excelente.

— ¿Tan buena como la del ciudadano Bonaparte, preguntó el rey.

— Así lo creo, respondió Mack con aire satisfecho.

— ¿Y dónde la tenéis, general? Ardo en deseos

de ver una carta sobre la cual se vence de antemano al enemigo.

Mack ordenó al ujier que le trajese una cartera que había dejado en la antecámara vecina.

La reina, que conocía á su augusto esposo, y no se hacía ilusiones respecto á los afectados cumplimientos que prodigaba á su protegido, temiendo que éste conociese al fin que estaba sirviendo de blanco al humor cáustico del rey, objetó que el momento no era tal vez oportuno para ocuparse de aquellos pormenores: pero Mack, no queriendo perder la ocasión de lucir su ciencia estratégica delante de cuatro generales, insistió respetuosamente, y la reina tuvo que ceder.

El ujier entró con una gran cartera, sobre la cual había impresos en letras de oro el nombre y los títulos del general, en uno de los lados, y en el otro, las armas de Austria.

Mack sacó un gran mapa de los Estados romanos con sus fronteras y le extendió sobre la mesa del consejo.

— ¡Atención, señor ministro de la Guerra! ¡atención, señores generales! dijo el rey. No perdamos ni una palabra de lo que va á decirnos el barón. Hablad, barón, os escuchamos.

Los oficiales se aproximaron á la mesa manifes-

tando viva curiosidad. Sin saber por qué, y sin que nadie lo haya sabido jamás, el barón Mack pasaba en aquella época por uno de los primeros estratégicos del mundo.

No queriendo la reina tomar parte en lo que ella consideraba como una burla del rey, se alejó del grupo de los generales y ministros.

— ¡Cómo! señora, la dijo Fernando, ¿os alejáis en el momento en que el señor barón va á decirnos dónde batirá á esos pícaros republicanos que tanto aborrecéis?

— Yo no entiendo de estrategia, señor, respondió Carolina con acritud. Y además, continuó designando con la mano al cardenal Ruffo, temería ocupar el puesto de quien entiende más que yo.

Y se aproximó á una ventana, y se puso á repicar con los dedos en los cristales.

Al mismo tiempo, como si aquella fuese una señal convenida, volvió á resonar el cuerno en el patio del regio alcázar.

El rey se detuvo como si sus pies hubiesen echado raíces en el mosaico del pavimento, su rostro se contrajo y una expresión de cólera sucedió á la máscara de burlona bondad que cubría su semblante.

— ¡Por Cristo bendito! exclamó, ¿han jurado esos

idiotas volverme loco?... ¡Para correr ciervos y jabalíes estamos! ¡Ahora damos caza á los republicanos!

Y dirigiéndose por segunda vez á la ventana y abriéndola más violentamente que la primera:

— ¿Te callarás, pedazo de bruto? gritó, ¡no sé cómo no bajo y te ahogo con mis propias manos!

— ¡Oh! señor, dijo Mack, ¡eso sería hacer demasiado honor á un palurdo!

— ¿Lo creéis así, general? respondió el rey volviendo á su tono zumbón. Entonces dejémosle vivir y volvamos al exterminio de los franceses. Veamos vuestro plan.

Y Fernando cerró la ventana con más calma de lo que podía esperarse del estado de exasperación en que le pusiera el sonido del cuerno, exasperación que se había desvanecido como por encanto, gracias al trivial cumplimiento del barón.

— Mirad, señores, dijo Mack en el tono de un profesor que enseña á sus discípulos: nuestros 60,000 hombres están divididos en cuatro ó cinco puntos sobre esta línea que se extiende desde Gaeta á Aquila.

— Ya sabéis, general, dijo el rey, que tenemos 65,000; conque así no andéis con economías.

— No necesito más que 60,000, señor, respondió

Mack; mis cálculos se hallan basados sobre esta cifra, y aunque tuviera V. M. 100,000 hombres, no tomaría ni un tambor de más.

— Eso es lo que se llama tener conciencia.

— Además tengo las más exactas noticias respecto al número de franceses y sé que apenas cuentan con diez mil hombres.

— De modo que seremos seis contra uno, dijo el rey. Vamos, eso empieza á tranquilizarme. En la campaña de 96 y 97, cuando el ciudadano Bonaparte derrotó á los soldados de mi sobrino, éstos no eran sino dos contra uno.

— No estaba yo en ella, señor, respondió Mack con la sonrisa de la suficiencia.

— Es verdad, repuso el rey aparentando la mayor sencillez, no estaban más que Beaulieu, Wurmser, Alvinci y el príncipe Carlos.

— ¡Señor, señor! murmuró la reina, tirándole de la faldilla de su chupa de caza.

— ¡Bah! la dijo el rey en voz baja, ¡no tengáis miedo! Sé los puntos que calza, y no le sobaré mientras se obstine en tenérmelas tiesas.

— Decía, pues, señores, repuso Mack, que el grueso de nuestras tropas (veinte mil hombres próximamente) está en San Germano, y los cuarenta mil restantes se hallan acampados sobre el

Tronto, en Sessa, Tagliacozzo y Aquila. Diez mil hombres atraviesan el Tronto, arrojan la guarnición francesa de Ascoli, de cuyo punto se apoderan, y avanzan sobre Fermo por la vía Emilia. Bien. Cuatro mil hombres salen de Aquila, ocupan á Rieti y marchan sobre Terni; cinco ó seis mil descienden de Tagliacozzo á Tivoli para hacer incursiones en la Sabina, otros ocho mil salen del campo de Sessa y penetran en los Estados romanos por la vía Apia; por último, otros seis mil se embarcan para Liorna y cortan el paso á los franceses que se retiran por Perugia.

— ¿Qué se retiran por Perugia?... Vamos, el general Mack no nos indica precisamente, como el ciudadano Bonaparte, el sitio en que batirá al enemigo, pero nos dice á lo menos por dónde se retira.

— Pues bien, sí, señor, repuso Mack con aire de triunfo, voy á decir dónde batiré al enemigo.

— ¡Ah! ¿de veras? veamos eso, general, dijo el rey, á quien la guerra parecía causar tanto placer como si fuese una cacería.

— Salgo de San Germano con V. M., á la cabeza de veinte ó veinticinco mil hombres.

— Corriente, sales conmigo de San Germano.

— Marcho sobre Roma.

— Siempre conmigo, por supuesto.

— Desemboco por los caminos de Ceperano y de Frosinone.

— ¡Malos caminos, general! los conozco porque he volcado en ellos.

— El enemigo abandona á Roma.

— ¿Estáis bien seguro?

— Roma no es una plaza que pueda defenderse.

— Y ¿qué hace el enemigo así que abandone á Roma?

— Se retira á Cívita-Castellana, que es una posición formidable.

— ¡Ah! ¿y lo dejáis allí?

— No tal; le ataco y le derroto.

— Perfectamente. Pero, ¿y si por casualidad no le derrotáis?

— Señor, dijo Mack colocando la mano sobre el pecho é inclinándose delante del rey: he tenido el honor de decir á V. M. que le derrotaré, y por consiguiente puede Vuestra Majestad darle por derrotado.

— ¡Entonces, no hay más que pedir! contestó el rey.

— ¿Tiene V. M. algunas objeciones que oponer á mi plan de campaña?

— No por cierto; sólo hay un punto sobre el cual quisiera que nos pusiésemos de acuerdo.

- ¿Cuál, señor?
- ¿No decís en vuestro plan que salís conmigo de San Germano?
- Sí, señor.
- ¿De modo que yo también voy á la guerra?
- Sin duda.
- Pues no me creeréis, general; pero vos sois el primero que me da la noticia. Y ¿qué grado me ofrecéis en vuestro ejército? Supongo que no tacheis la pregunta de indiscreta.
- El mando supremo, señor; obedecer las órdenes de Vuestra Majestad será para mí una dicha y un motivo de orgullo.
- ¡El mando supremo!...
- ¿Rehusaría V. M.?... Sin embargo, me habían asegurado...
- ¿Quién?
- Su Majestad la reina.
- Su Majestad la reina es demasiado bondadosa, y el ventajoso concepto que siempre la he merecido, y que manifiesta en esta ocasión, la hace olvidar que yo no soy hombre de guerra. ¡Á mí el mando supremo! continuó el rey. ¿Por ventura me enseñó San Nicandro á ser un Scipión ó un Aníbal? ¿Acaso he estado yo en la escuela de Brienne como el ciudadano Bonaparte? ¿Acaso he leído yo á Po-

libio, los *Comentarios* de César, al caballero Follard, á Monteculli y al mariscal de Sajonia, como vuestro hermano el príncipe Carlos? ¿Por ventura conozco yo una palabra de lo que se necesita saber para ser derrotado con todas las reglas del arte? ¿Acaso he tenido en toda mi vida otro mando que el de mis pobres lipariotas?

— Señor, respondió Mack, un descendiente de Enrique IV y de Luis XIV sabe todo eso sin necesidad de haberlo aprendido.

— Querido general, yo no soy más que un pollino; pero no lo bastante para tragarme esa caroca.

— ¡Oh! señor, murmuró Mack, admirado de oír á un rey hablar de sí mismo con tan ruda franqueza.

Mack esperaba que el rey continuase: Fernando se rascaba la oreja.

— ¿Y bien? preguntó Mack, viendo que el rey no rompía el silencio.

Fernando pareció decidirse.

— Decid, señor barón, ¿cuál es la primera ó una de las primeras cualidades que deben distinguir á un general? ser valiente; ¿no es cierto?

— Sin duda.

— Entonces, ¿vos sois valiente?

— ¡Señor!

Estáis seguro de serlo, ¿no es verdad?

— ¡ Oh!...

— Pues bien, yo no lo estoy; yo no estoy bien seguro de ser un Cid.

La reina se ruborizó hasta la punta de las orejas; Mack miró al rey con asombro. Los ministros y los consejeros, que conocían el cinismo del monarca, se echaron á reír; nada que procediese de aquella extraña individualidad llamada Fernando les causaba ya extrañeza.

— Después de todo, continuó el rey, quizás me engañe y sea yo más bravo que un león: ¡ allá lo veremos!

Y volviéndose hacia sus consejeros, ministros y generales:

— Señores, les dijo: ¿ habéis oído el plan de campaña del barón?

Todos hicieron un signo afirmativo.

— ¿ Le apruebas tú, Ariola?

— Sí, señor, respondió el ministro de la Guerra.

— ¿ Y tú, Piñatelli?

— Sí, señor.

— ¿ Y tú, Colli?

— También.

— ¿ Y tú, Parisi?

— Completamente.

Por último, volviéndose hacia el cardenal, que durante toda la sesión se había mantenido un poco separado de la mesa:

— Y vos, Ruffo, ¿ le aprobáis también? le preguntó.

El cardenal guardó silencio.

Mack había saludado con una sonrisa cada una de aquellas aprobaciones: al ver que aquel prelado no se apresuraba á aprobar como los demás, dejó de sonreír y le miró con asombro.

— ¡ Tal vez el señor cardenal haya preparado otro mejor! dijo la reina.

— No, señora, respondió Ruffo sin desconcertarse; porque ni sabía que la guerra fuese tan inminente, ni nadie me ha hecho el honor de pedirme parecer.

— Si Vuestra Eminencia tiene algunas observaciones que hacerme, dijo Mack en tono de mofa, estoy pronto á escucharle.

— No me hubiese atrevido á emitir mi opinión sin permiso de Vuestra Excelencia, respondió Ruffo con la más exquisita cortesía; pero puesto que V. E. me lo permite...

— ¡ Oh! ¡ decid, decid, Eminencia! añadió Mack sonriendo.

— Si mal no he comprendido las combinaciones de Vuestra Excelencia, el objeto que se propone en

el plan de campaña que ha tenido á bien explicarnos...

— ¡ Veamos qué objeto me propongo ! dijo Mack, creyendo haber encontrado á su vez alguien á quien satirizar.

— Sí, veamos eso, añadió Fernando, colocándose en el campo del cardenal ; y deseando que triunfase por la sola razón de que la reina le detestaba.

Carolina golpeó el suelo con el pie en un arranque de impaciencia : el cardenal notó el movimiento ; pero no hizo caso ; conocía el odio que le profesaba la reina, y preciso es decir que no le inquietaba gran cosa. Así es que prosiguió con la mayor calma :

— Gracias á su gran superioridad numérica, Vuestra Excelencia se propone, al extender su línea, traspasar las extremidades de la línea francesa, envolverla, rechazar unos cuerpos sobre otros, sembrar la confusión en las filas del enemigo, y por último, como por Toscana hallará cortada la retirada, destruirle ó hacerle prisionero.

— Si os hubiese explicado mi pensamiento, señor cardenal, dijo Mack sumamente gozoso, no le habrís comprendido mejor. Los haré prisioneros desde el primero hasta el último, y tan cierto como me llamo Carlos Mack, ni un francés volverá á Francia á llevar la noticia del descalabro.

¿ Tenéis alguna cosa mejor que proponerme ?

— Si me hubiesen consultado, respondió Ruffo, confieso que hubiera propuesto otra cosa.

— ¿Cuál, si puede saberse ?

— Hubiera propuesto dividir el ejército napolitano en tres solas columnas ; hubiera concentrado de 25 á 30.000 hombres entre Cieti y Terni, enviado 12.000 por la vía Emilia para combatir el ala izquierda de los franceses, 10.000 á las lagunas Pontinas para derrotar el ala derecha, y por último, 8.000 á Toscana ; en seguida, por medio de un esfuerzo supremo en el cual hubiera empleado toda la energía de que soy capaz, hubiera intentado arrollar el centro enemigo á fin de separar sus flancos y de impedir que se prestasen mutuo socorro. Mientras tanto, la legión toscana estaría ya en pie de guerra, y recorriendo la comarca, hubiera venido en nuestra ayuda, según lo que las circunstancias demandaran. Esto hubiera permitido al ejército napolitano, bisoño é inexperimentado, operar por grandes masas, lo cual, dándole confianza en sí mismo, le impediría desmoralizarse. He ahí, continuó Ruffo, lo que yo hubiera propuesto ; pero yo no soy más que un pobre hombre de sotana, y me inclino ante la experiencia y el genio del general Mack.

Y así diciendo, el cardenal, que se había aproximado á la mesa para indicar sobre la carta los movimientos que él hubiera hecho, dió un paso atrás, como en señal de que abandonaba la discusión.

Los generales se miraron con sorpresa; era evidente que Ruffo acababa de darles una lección. Desparrramado demasiado el ejército napolitano y dividiéndole en pequeños cuerpos, Mack se exponía á que el enemigo los batiese en detal. Por el proyecto de Ruffo estaba al abrigo de todo riesgo.

Mack se mordió los labios; no obstante su fatuidad, conocía que el plan que acababan de exponerle era superior al suyo.

— El rey es todavía dueño de elegir entre vos y yo, entre vuestro plan y el mío, dijo. Quizás para esta guerra, que bien puede llamarse santa, añadió sonriendo ligeramente, valga más un Pedro el Ermitaño que un Godofredo de Bouillon.

El rey no sabía positivamente quién era Pedro el Ermitaño ni Godofredo de Bouillon; pero, sin perjuicio de satirizar á Mack, no quería disgustarle.

— ¿Qué estáis ahí diciendo, querido general? exclamó. Por mi parte, encuentro vuestro plan excelente, y ya habéis visto cuál ha sido la opinión de estos señores. Por lo tanto, no sólo lo apruebo desde

el principio al fin, sino que no quiero cambiarle ni una etapa. Conque está dicho: ya tenemos ejército y general en jefe. Ahora, no nos falta más que el dinero. Vamos á ver, Corradino, continuó el rey, dirigiéndose á su ministro de Hacienda: Ariola nos ha enseñado sus tropas, enséñanos tus escudos.

— Señor, respondió aquel á quien iba dirigida esta interpelación á quemarropa, V. M. sabe que los gastos que acaban de hacerse para el armamento y equipo del ejército han dejado completamente vacías las arcas del Tesoro.

— ¡Mala noticia, Corradino, malísima noticia! porque siempre he oído decir que el dinero es el nervio de la guerra. ¿Lo oís, señora? no tenemos dinero.

— Señor, dijo la reina, así como no os han faltado ni tropas ni general en jefe, tampoco os faltará dinero; por lo pronto, y mientras otra cosa no se resuelva, tenéis á vuestra disposición un millón de libras esterlinas.

— ¡Magnífico! exclamó el rey; y ¿quién es el alquimista que posee la preciosa facultad de fabricarnos ese oro?

— Voy á tener el honor de presentárosle, respondió Carolina, yendo á la puerta por la cual había introducido al general Mack.

Y dirigiéndose á una persona invisible:

—¿Quiere vuestra gracia tener la bondad de confirmar al rey lo que yo acabo de anunciarle, esto es, que no le faltará dinero para hacer la guerra á los jacobinos?

Todas las miradas se volvieron hacia la puerta, y Nelsón apareció radiante bajo el dintel, mientras que, semejante á una sombra eliseana, desaparecía en la penumbra la esbelta figura de Emma Lyonna, la cual acababa de comprar por un primer beso la adhesión del comodoro y los subsidios de Inglaterra.

CAPÍTULO VII

La isla de Malta

La aparición de Nelsón en semejante momento no podía menos de ser muy significativa: era el ángel malo de la Francia que iba en persona á sentarse al Consejo de Nápoles, para sostener con su espada y con su oro las mentiras y traiciones de Carolina.

Excepto el general Mack, que, según hemos dicho, había llegado la noche anterior, todos los circunstantes conocían á Nelsón; la reina tomó de la mano al futuro vencedor de Cívita-Castellana, y dirigiéndose al vencedor de Abukir:

— Presento, dijo, el héroe de la tierra al héroe de los mares.

Nelsón no encontró el cumplido muy lisonjero; pero en aquel instante era demasiado feliz para que pudiera resentirse por un paralelo tan poco ventajoso. Por lo tanto, saludó cortésmente á Mack, y volviéndose hacia el monarca:

— Señor, le dijo, tengo la dicha de anunciar á Vuestra Majestad y á sus ministros que mi gobierno me ha concedido plenos poderes para tratar y resolver en nombre de la Gran Bretaña toda cuestión relativa á la guerra con Francia.

Fernando conoció que no había escape: como los liliputienses á Gulliver, Carolina lo había atado de pies y manos durante su sueño. Sin embargo, trató de agarrarse al último clavo.

— Vuestra gracia acaba de oírlo, dijo; nuestro ministro de Hacienda, sabiendo que estamos entre amigos y que entre amigos no hay secretos, nos ha confesado francamente que están vacías las cajas del Erario, á lo cual objetaba yo que sin dinero no había guerra posible.

— Vuestra Majestad daba con ello una prueba más de su profunda sabiduría, respondió Nelsón; pero, afortunadamente, los poderes de Mr. Pitt me permiten remediar esa penuria.

Y Nelsón colocó sobre la mesa del consejo un poder concebido en los términos siguientes:

« Lord Nelsón, barón del Nilo, se halla autorizado para entenderse, á su arribo á Nápoles, con sir William Hamiltón, nuestro embajador cerca de la corte de las Dbs Sicilias, á fin de sostener á nuestro

augusto aliado el rey Fernando IV en cuantas necesidades pueda ocasionarle una guerra contra la República francesa.

» W. PITT.

» Londres, 7 de Septiembre 1798. »

Actón tradujo al rey las anteriores líneas, mientras que el monarca llamaba hacia sí al cardenal Ruffo, como buscando en él un refuerzo contra el nuevo aliado de Carolina.

— Y ¿es cierto, como dice la reina, preguntó Fernando, que Vuestra Señoría puede poner á nuestra disposición?...

— Un millón de libras esterlinas, interrumpió Nelsón.

El rey se volvió hacia el cardenal, como preguntándole cuánto importaba aquel millón de libras.

Ruffo adivinó la pregunta.

— Cinco millones y medio de ducados, próximamente, respondió.

— ¡Ya es algo! murmuró el rey.

Esa suma, repuso el comodoro, no es sino un primer subsidio destinado á hacer frente á las necesidades del momento.

— Pero mientras avisáis á vuestro gobierno nos mande esa suma, mientras que vuestro gobierno la expida y mientras que llegue á Nápoles, transcurrirán bastantes dias. Estamos en el equinoccio de invierno, y no creo que sea echar por largo, para ida y vuelta de un buque, seis semanas ó un mes cuando menos. Y durante ese mes, ¿quién os dice que no tendrán los franceses tiempo de sobra para estar en Nápoles?

Nelson iba á responder; pero la reina le cortó la palabra.

— Tranquílicese V. M., dijo; los franceses no se hallan en disposición de hacernos la guerra.

— ¿No? pues á femia que, por lo pronto, ya nos la han declarado.

— ¿Quién?

— ¡Pardiez! el embajador de la republica! no parece sino que es para vos una noticia.

La reina sonrió desdenosamente.

— Si el ciudadano Garat hubiese esperado algunas horas, prosiguió Carolina, si hubiese conocido la situación de Championnet, no hubiera partido tan de ligero.

— Y vos conocéis esa situación mejor que el mismo embajador francés; ¿no es cierto, señora?

— Así lo creo.

— ¿Estáis en correspondencia con el estado mayor del general Championnet?

— ¡Oh! no, señor; no me haría de lo que me dicesen los extranjeros.

— Entonces, ¿debéis vuestras noticias al mismo general Championnet?

— ¡Precisamente! y he aquí la carta que el embajador francés hubiera recibido esta mañana, si no hubiese precipitado tanto su partida.

Y la reina presentó á Fernando la carta que el esbirro Pascuale de Simone había robado la víspera á Salvato Palmieri.

El rey fijó la vista en su contenido.

— ¡Pero está en francés! exclamó en el mismo tono que hubiera dicho: « ¡está en hebreo! »

Y se la dió á Ruffo, única persona de quien allí se faba, diciéndole:

— Señor cardenal, hacednos el obsequio de traducirla al italiano.

Ruffo tomó la carta, y leyó en medio del mas profundo silencio:

« Ciudadano embajador,

» Hace algunos dias que llegué á Roma, y creo de mi deber poner en vuestro conocimiento el estado en que se halla el ejército cuyo mando he venido á

tomar, á fin de que los pormenores que voy á daros os sirvan para saber la conducta que habréis de observar con esta corte pérfida, la cual, excitada por la Inglaterra, nuestra mortal enemiga, no espera sino el momento favorable de declararnos la guerra...»

Á estas últimas palabras la reina y Nelsón cambiaron una mirada y una sonrisa. Nelsón no comprendía ni el francés ni el italiano; pero probablemente le habían dado ya una traducción inglesa.

La carta continuaba:

« Primeramente, este ejército, que en los cuadros del Directorio sube á la cifra de 35,000 hombres, no es en realidad sino de 8,000, los cuales están descalzos y sin uniformes, carecen de pan y no han recibido un sueldo de paga desde hace tres meses. Por todas municiones tienen 180,000 cartuchos, ó lo que es igual, quince tiros por hombre; ninguna plaza se halla abastecida, y tal es en ellas la escasez de pólvora, que no hace muchos días faltó en Civita-Vecchia para hacer fuego á un corsario berberisco que andaba observando la costa...»

— ¿Lo oís, señor? dijo la reina.

— Perfectamente, respondió Fernando. Continúad, señor cardenal.

El cardenal prosiguió:

« No tenemos más que cinco piezas de artillería y

un parque de cuatro bocas de fuego; en cuanto á fusiles, nuestra carencia es tan absoluta, que me ha sido imposible armar dos batallones de voluntarios que pensaba expedir contra los insurgentes que nos rodean por todas partes. »

La reina cambió una nueva mirada de inteligencia con Mack y Nelsón.

« Nuestras fortalezas no se hallan en mejor estado que nuestros arsenales: en ninguna de ellas hay balas del mismo calibre que los cañones; en otras hay cañones sin proyectiles, ó proyectiles sin piezas de artillería. Este desastroso estado me explica las instrucciones del Directorio, instrucciones que os transmito, á fin de que arregléis á ellas vuestra conducta.

« Rechazar por las armas toda agresión hostil contra la república romana y llevar la guerra al territorio napolitano, caso que el rey de Nápoles realice los proyectos de invasión que viene anunciando desde hace tiempo... »

— Ya lo oís, señor, dijo Carolina; creo que no hay gran cosa que temer de un enemigo que sólo cuenta con 8.000 hombres, cinco piezas de artillería y ciento ochenta mil cartuchos.

— Continúad, eminentísimo, respondió el rey frotándose las manos.

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Año. 1926 MONTERREY, MEXICO

— Sí, continuad, repuso la reina, y ya veréis lo que el mismo general francés piensa de su posición.

« Fácilmente comprenderéis, ciudadano embajador, prosiguió Ruffo, que, con los escasos medios que tengo á mi disposición, *no podría rechazar un ataque, y mucho menos llevar la guerra al territorio napolitano...* »

— Vamos, ¿os tranquiliza eso, señor? preguntó la reina.

— ¡ Hum ! ¡ qué sé yo que os diga ! exclamó el rey. Veamos el fin.

« Os recomiendo, pues, encarecidamente, ciudadano embajador, que hagáis lo posible por mantener (hasta donde lo permita la dignidad de la Francia) la buena armonía entre la República y la corte de las Dos Sicilias, y por calmar la impaciencia de los patriotas napolitanos; todo movimiento que estallase antes de tres meses, plazo que me es indispensable para organizar el ejército, sería prematuro y abortaría irremisiblemente.

« Mi edecán, hombre seguro, de un valor á toda prueba, y el cual posee, no sólo el italiano, sino también el dialecto del país, es el encargado de entregaros este despacho y de avistarse con los jefes del partido republicano de Nápoles. Enviádmelo lo más pronto posible con una respuesta,

exponiéndome en ella con la mayor exactitud vuestra situación respecto á la corte de las Dos Sicilias.

» CHAMPIONNET.

» 18 de Septiembre de 1798.

» Fraternidad. »

— Y bien, señor, dijo la reina: ¿ no os tranquiliza completamente lo que acabáis de oír ?

— Por un lado, sí, señora; pero por otro...

— ¡ Ah ! comprendo. Aludís á ese partido republicano cuya existencia os ha costado tanto trabajo creer. Vuestra Majestad conoce al fin que no es un fantasma; ese partido existe, puesto que es preciso calmarle y puesto que son los mismos jacobinos los que se lo aconsejan.

— Pero, ¿ cómo diablos habéis podido procuraros esta carta ? preguntó el rey tomándola de manos del cardenal y examinándola curiosamente.

— Es mi secreto, señor, y me permitiréis que le guarde. Mas creo que interrumpí á su señoría lord Nelsón en el momento en que iba á responder á una pregunta que V. M. acababa de hacerle.

— Decía, repitió Fernando, que en Septiembre y Octubre la mar suele estar borrascosa y que por

esta razón transcurriría un mes ó seis semanas antes que recibiésemos de Inglaterra el dinero que tan urgentemente necesitamos.

La objeción del rey fué transmitida á Nelsón.

— Está prevista la dificultad, señor, respondió; y los banqueros de V. M., los señores Backer é hijo, auxiliados por sus corresponsales de Messina, Roma y Liorna, le descontarán una letra de cambio por valor de un millón de libras esterlinas que firmará sir William Hamiltón y que yo les endosaré. Únicamente, como la suma es bastante crecida, V. M. deberá avisarles con alguna anticipación.

— ¡ Bien! dijo el rey, que sir William firme la letra, y entregádmela con vuestro endoso; por lo demás yo me entenderé con los Backer.

Ruffo murmuró algunas palabras al oído del rey.

— Pero yo conozco á mi buena aliada la Inglaterra, añadió Fernando, y sé que, por más amiga que sea del reino de las Dos Sicilias, no da su dinero á humo de paja. ¿ Qué pide en cambio de su millón de libras esterlinas?

— Una cosa bien sencilla que ningún perjuicio ocasiona á V. M.

— ¿ Y es?

— Que así que la escuadra inglesa, que actual-

mente bloquea á Malta, la tome después de arrojar á los franceses, renuncie V. M. sus derechos sobre aquella isla, á fin de que S. M. Británica, que, excepto Gibraltar, no posee ningún puerto en el Mediterráneo, pueda hacer de Malta una estación naval y un punto de abastecimiento para los buques ingleses.

— Bien, por mi parte no tengo ningún inconveniente en cederla; pero os provengo que Malta pertenece á la Orden y no á la corona de Nápoles.

— Sí, señor; pero una vez que Malta sea tomada á los franceses, la Orden quedará disuelta.

— Y disuelta la Orden, se apresuró á decir Ruffo, y siendo Malta un donativo hecho en 1333 por el emperador Carlos V, como heredero del reino de Aragón, á los caballeros hospitalarios á quienes Solimán II acababa de arrojar de Rodas, la isla vuelve por consiguiente á ser propiedad de la corona de las Dos Sicilias; esto supuesto, si Inglaterra no paga por ella más que cinco millones de francos, no obstante la necesidad que tiene de una estación en el Mediterráneo, se me figura que su ofrecimiento es bien modesto y que si se la dieran haría un negocio loco.

La discusión iba tal vez á girar sobre este punto, cuando se oyó en el patio una tercera tocata de

cuerno, la cual produjo en los circunstantes el mismo prodigioso efecto que las dos primeras.

Carolina cambió con Mack y con Nelsón una mirada que sin duda quería decir: «Tranquilizaos, yo sé lo que eso significa.»

— Significa, respondió el montero, que V. M. puede partir cuando guste; los jabalíes están ya descubiertos y la caza promete ser abundante.

— ¿Descubiertos? repitió el rey, ¿los jabalíes están ya descubiertos?

— Sí, señor, una piara de quince.

— ¡Quince jabalíes!... ¿Oís, señora? exclamó el rey dirigiéndose á Carolina. ¡Una piara de quince jabalíes!... ¡quince, señores! ¿Oyes, Júpiter? ¡quince, quince!...

Y volviéndose hacia el montero:

— ¡Pero, desventurado! exclamó con voz angustiada: ¿no sabes que hoy no hay cacería?

Pero el rey, que no lo sabía, corrió de nuevo á la ventana y la abrió antes que hubiese terminado el sonido del cuerno.

— ¡Animal! gritó furioso, ¿querrás al fin explicarme lo que significan esas malditas tocatas?

La reina dió un paso hacia Fernando.

— ¿Y por qué no la ha de haber, señor? preguntó sonriendo graciosamente.

— Porque al recibir anoche vuestra carta, di en seguida orden de que se suspendiera.

Y se volvió hacia Ruffo, como para atestiguar que la orden se había dado en su presencia.

— Posible es, señor, repuso Carolina; pero como yo sé el disgusto que sería para V. M. privarle de esa diversión, calculando que el consejo concluiría bastante temprano para que pudiésemos dedicar á la caza algunas horas, detuve á vuestro mensajero y dejé en vigor la orden primitiva; sólo previne que vuestra marcha sería á las once en lugar de ser á las nueve. La hora anunciada ha dado ya, el consejo ha concluido, los jabalíes están descubiertos y nada impide á V. M. dar principio á la caza.

Á medida que la reina hablaba, el rostro del rey se iba poniendo radiante de alegría.

— ¡Ah! querida maestra! (el lector recordará que este era el nombre que Fernando daba á Carolina en sus momentos de ternura) sois digna de reemplazar, no sólo al primer ministro Actón, sino también al montero mayor el duque della Salandra. Si, como vos decís, el consejo ha concluido, tenéis ya vuestro general terrestre y vuestro general marítimo, y cinco millones y medio de ducados con los cuales no contábamos; cuanto hagáis se-

hora, pues, bien hecho; sólo os pido que no entréis en campaña antes que entre el emperador. Y ¿lo creéis? también yo me siento dispuesto á hacer la guerra... Decididamente soy más bravo de lo que yo pensaba... ¡Hasta la vista, querida maestra! ¡Adiós, señores! ¡adiós, Ruffo!

— Pero, ¿y Malta, señor? preguntó el cardenal.

— ¡Bah! ¡que hagan de ella lo que les acomode! ya nos pasaremos sin ese islote como hace doscientos setenta y tres años que nos pasamos. ¿Para qué mil diablos quiero yo una roca de mala muerte que no produce ni un rábano, donde todo hay que llevarlo de Sicilia, donde no puede haber faisanes por falta de agua, y la cual no tiene más caza que codornices, y eso en la época del paso? ¡Que me libren de los jacobinos y que se la lleven benditos de Dios!... ¡Quince jabalíes, Júpiter! ¡vamos! ¡vamos!

Y el rey, alegre como un colegial en vacaciones, salió por la puerta seguido de su perro.

— ¡Milord! dijo la reina á Nelsón: podéis escribir á vuestro gobierno que la corte de las Dos Sicilias no tiene inconveniente en ceder la isla de Malta á Inglaterra.

Y añadió volviéndose hacia los consejeros y ministros:

— Señores, el rey está satisfecho por las prudentes indicaciones que le habéis hecho. El consejo ha concluído.

Acto continuo, hizo un saludo general, dirigió á Ruffo una sonrisa irónica y entró en sus habitaciones seguida de Mack y del comodoro Nelsón.